

EL DUQUE DE ALBA

EL MEJOR GENERAL DE FELIPE II

Sirvió a las órdenes de Carlos V y Felipe II, triunfó en Italia y Alemania, sometió a las provincias díscolas de los Países Bajos, organizó las campañas de Lepanto y San Quintín, y apuntaló la unificación de los tronos de España y Portugal. Tales fueron los méritos del segundo duque de Alba, el hombre que forjó con su ejército el futuro de España durante el siglo XVI. Admirado por unos y odiado por otros, pero siempre temido y respetado.

Por: JANIRE RÁMILA

*Diablo nuestro que estás en Bruselas
maldito sea tu nombre
así en el cielo como en el infierno.
Que este Diablo se marche pronto
y con él su Tribunal, falso y sanguinario
que a diario practica el asesinato y la rapiña;
y a los perros rabiosos venidos de España
devuélvelos al Demonio, su padre. Amén.*

Así rezaba el padrenuestro acuñado hacia 1572 por los rebeldes neerlandeses contra el gran duque de Alba, entonces gobernador de los Países Bajos, por los desmanes que éste realizaba en aquellas tierras para asegurarse el sometimiento popular. Un rezo que ahonda en la imagen llegada hasta nosotros del hombre que durante más de medio siglo dirigió las campañas militares españolas, esa que habla de un ser cruel, ávido de fama y amante de la fuerza y la represión.

Sin embargo, y aunque estas acusaciones son del todo ciertas, el duque de Alba

fue mucho más. Su vida, sus motivaciones, sus ambiciones e ideas pocas veces han sido relatadas, eclipsadas por su actuación en Flandes, privándonos de los datos imprescindibles para comprender en su integridad al que fuese el mejor general castellano del siglo XVI. Porque sin él, España habría tomado un derrotero muy diferente al seguido en los siglos venideros, hasta el punto de quién sabe si hoy seguiríamos llamándonos españoles.

UN ORIGEN NADA HUMILDE

Fernando Álvarez de Toledo, tal fue su nombre, nació el 29 de octubre de 1507 en el convento de Piedrahita, nada menos que en el seno de una de las familias más importantes de la aristocracia castellana, la de Alba, nombre prestado de la pequeña localidad salmantina de Alba de Tormes, auténtico pilar desde 1369 de la fortuna familiar. Además de duque de Alba, el padre de Fernando, Fadrique Álvarez de Toledo, también ostentaba los títulos de marqués de Coria, conde de Salvatierra y Piedrahita y señor de Valdecorneja.

La gran suerte de los Alba había consistido en unirse a la facción de Isabel y Fernan-

do en la batalla de Toro de 1476, con cuya victoria vieron incrementados sus privilegios y territorios, además de su prestigio, el mismo que les llevó a ocupar cargos muy altos e influyentes en la Corte de los Reyes Católicos, primero, y del emperador Carlos V, después. Y es que en aquel tiempo el honor de una familia se medía por su servicio y obediencia a la Corona, y en ello los Alba siempre fueron el ejemplo a seguir.

Por esa lealtad, Fernando quedó huérfano a los tres años de edad, al morir su padre en la campaña de Trípoli de 1510, un inmenso desastre en el que perecieron más de 4.000 soldados. De tan prematura muerte, Fernando desarrollaría un fuerte apego familiar y una confianza ciega en sus propias decisiones. Su abuelo, el duque Fadrique, se ocuparía de su formación llevándolo consigo a todas partes, incluso al campo de batalla, para curtirlo como soldado y militar. Ya con seis años lo vemos en el ejército que logró la conquista de Navarra, por lo que no debe extrañar el amor que siempre demostraría por la guerra y las armas.

No fue esa su única educación. Aprendió letras con el poeta catalán Joan Boscá y si su tutor no fue el humanista valenciano >





1. Abdicación de Carlos I. El emperador renunció, en 1555, a todas sus posesiones, excepto al imperio, en favor de su hijo, desde entonces, Felipe II. **2. Batalla de San Quintín.** En esta gran gesta estuvo ausente el duque de Alba que, sin embargo, tuvo una participación decisiva, ya que ayudó a coordinar todas las acciones desde los Países Bajos. **3. Litografía.** Esta representación simbólica de la época, presenta al duque de Alba dominando a todos los enemigos que le hacen frente.



> Juan Luis Vives, se debió a un mal entendido en la correspondencia mantenida para hacerse con sus servicios. Aprendió latín y música, adquirió gusto por la pintura y un sano deseo de aprender que le llevaría a defenderse en italiano, francés y alemán. El joven Alba se preparaba para un futuro excepcional que pronto le sometería a prueba.

En 1516 el emperador Carlos V había llegado a España para hacerse cargo de sus dominios y uno de los nobles presentes en el comité de recibimiento fue el abuelo de Fernando. Con este acto, los Alba no sólo acataban la nueva monarquía, sino que quedaban adscritos a sus designios y decisiones, por muy lejos que estas pudieran llevarles. Así lo entendió Fernando cuando en 1524, y sin permiso de nadie, participó en su primera campaña militar: la reconquista de Fuenterrabía, localidad guipuzcoana caída en manos de rebeldes franceses y navarros. Tras un breve asedio, la plaza fue recuperada y, aunque su abuelo le reprendió por su marcha, Carlos V reconoció el valor del joven otorgándole el título de gobernador de Fuenterrabía.

A LAS ÓRDENES DE CARLOS V

En apenas dos años su vida cambia radicalmente. En 1529 se casa con la que sería su única esposa, que no única amante, María

En el año 1524, y sin permiso de nadie, **participó en su primera campaña militar: la conquista de Fuenterrabía, que había sido tomada por franceses y navarros**

Enríquez, prima carnal e hija del tercer conde de Alba de Liste. Con ella tendría cuatro hijos: García, quien moriría en 1548 con 18 años de edad, Beatriz, Fadrique y Diego. Y en 1531 fallece su abuelo.

Esta defunción colocaba a Fernando como cabeza visible de los Alba y le obligaba, como gran noble de Castilla, a responder a todas las llamadas del Emperador. A sus órdenes participaría en la toma de Túnez de 1535, cuando más de 400 navíos y 30.000 soldados vencieron a las tropas de Barbarroja logrando su huida; en la invasión fallida de Francia de 1536, donde la escasez de suministros les hizo retirarse "con pérdidas y deshonor"; y en la campaña de Argel de 1541, un tremendo desastre en el que perecieron 12.000 hombres, pero donde la pericia del duque, evitando una mortandad mayor, le valió la gratitud del emperador y su nombramiento como jefe de la casa imperial.

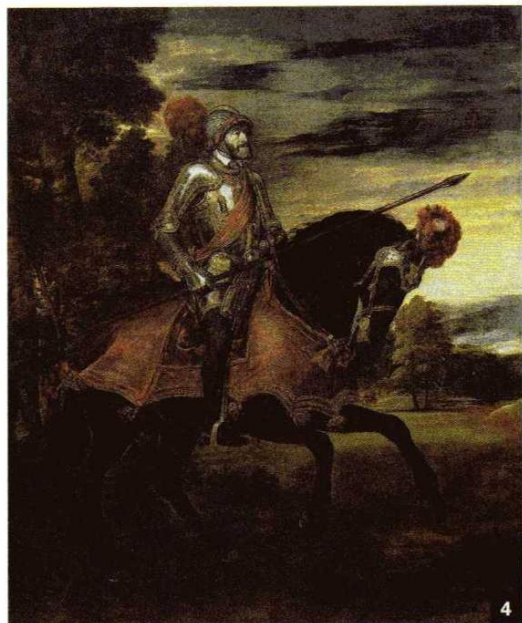
Fernando no sólo se estaba formando como soldado y capitán, también como hábil político y diplomático. Miembros de su familia se diseminaban por Castilla, Nápo-

les y el propio Vaticano, tejiendo una red de influencias altamente beneficiosa para los Alba y el emperador, que pronto percibió la imposibilidad de prescindir de un hombre de tanto valor. Así fue cómo en 1542 lo nombró consejero regente de su hijo Felipe II, para que le asesora durante sus largas ausencias por Europa.

A su favor hay que señalar que nunca temía decir lo que pensaba cuando se le pedía su parecer y mucho menos defender su postura, aunque fuese la minoritaria, pero en su contra debe observarse su tendencia a la mano dura, a cortar el problema de raíz por medio de la fuerza. Creía firmemente, como soldado que era, que el diálogo alargaba las discrepancias, mientras que la fuerza las acortaba. Por ello, su voz siempre fue escuchada, pero pocas veces tenida en cuenta, y cuando se hizo, España perdió gran prestigio como nación tolerante.

En 1548, otro ascenso, esta vez con el nombramiento de mayordomo mayor, convirtiéndose en jefe de la casa de Felipe II. En los dos últimos años habían fallecido Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Fran-

4. Carlos V en Mühlberg. Este famosísimo cuadro de Tiziano representa al monarca a caballo en la batalla de Mühlberg, en la que sería la primera batalla del duque de Alba como general.



CASTELLANO DE PURA CEPA

Si repasamos brevemente la historia militar española de los siglos XV y XVI, observaremos que, a excepción del Gran Capitán, ninguno de los grandes generales de la Corona fueron españoles. Ahí están Alejandro Farnesio, Ambrogio Spinola o Juan Andrea Doria para confirmarlo. Únicamente el duque de Alba se salía de la norma. Quizá por ello el orgulloso castellanismo del que siempre hizo gala, ese que le llevaba a menospreciar a todos aquellos que no fuesen de sangre española.

Gracias al duque, España sometió las revueltas de Nápoles y de Flandes, Carlos V obtuvo importantes victorias en Alemania y Felipe II fue coronado monarca de Portugal. En justicia, podría decirse que la

suya fue una carrera de éxito. Sin embargo, Alba estuvo ausente de las grandes contiendas de su siglo. No participó en la revuelta de los Comuneros (1520), ni en la rebelión de los moriscos de Granada (1569) y tampoco en la batalla de San Quintín (1557) o en Lepanto (1571), aunque desde la distancia sí colaboró en la organización y avituallamiento de estas dos últimas.

En el plano económico, lejos de enriquecerse, su servicio a la Corona no le supuso más que pérdidas, ya que en aquel entonces cada general debía costearse sus viajes y equipo, siendo en el supuesto de Alba especialmente gravoso. Así queda constatado en las cartas que periódicamente enviaba a los contables reales o al propio Felipe II quejándose de la falta de retribución por sus servicios. No mentía. Su deuda sería heredada por sus descendientes, siendo saldada un siglo después de su muerte.

Eran otros tiempos.



cia, Martín Lutero y Jayr al-Din "Barbarroja", los grandes rivales de España. Una nueva era comenzaba, con nuevos enemigos y nuevas alianzas. Carlos V lo comprendió bien y en 1555 se retiraba de la escena política renunciando a todos sus territorios, excepto el Imperio. Su hijo, Felipe II, se hacía con las riendas de España y los nobles, entre ellos Fernando Álvarez de Toledo, cambiaban de señor.

NUEVA ERA, NUEVOS ENEMIGOS

En aquel tiempo España disfrutaba de numerosas posesiones en toda Europa, amplios territorios que siempre fueron causa de disputas internacionales, pero de los que era impensable prescindir por los importantísimos beneficios económicos y políticos que reportaban. En abril de ese 1555, uno de estos territorios, la localidad italiana de Siena, vivió un estallido contra la ocupación española que pronto se extendió por todo el virreinato de Nápoles. La situación exigía una rápida respuesta y Felipe II no tuvo dudas en nombrar al duque de Alba capitán general de Italia, gobernador de Milán y virrey de Nápoles, con la misión de apaciguar las revueltas y devolver la estabilidad. Era su primera misión como jefe en solitario.

Se daba la circunstancia de que Milán era la base militar más importante de España y

Nada más llegar Alba constató las malas condiciones de los tercios españoles, **y sus primeras medidas se centraron en lograr subsanar estos desmanes**

su principal centro de reclutamiento, por lo que era impensable que cayese en manos enemigos. Nada más llegar, Alba constató las malas condiciones de los tercios españoles, mal pagados y peor tratados. Sus primeras medidas se encaminaron a subsanar estos desmanes porque, como capitán general, Alba siempre sintió a los soldados como hermanos suyos. De hecho, la fórmula que empleaba para dirigirse a ellos era la de "nobles señores". Una mera anécdota que los soldados valoraban grandemente y más cuando constataban que el duque siempre luchaba por sus derechos y defendía sus actuaciones, fueran cuales fueran.

Alba siempre se consideró un soldado y como tal sentía y vivía. Esta actitud favoreció el buen entendimiento con la tropa que sin más dilación se puso a su servicio. El siguiente paso supuso enfrentarse a las tropas francesas que habían desembarcado en el Piamonte aprovechando la situación de rebeldía.

Como único jefe militar diseñó una estrategia basada en la crueldad, no tanto por un gusto por la violencia, sino por aplicación

de los principios de la guerra. Un ejemplo, cuando sus tropas sitiaban una población rebelde, Alba siempre pedía primero la deposición de las armas. Si los defensores se negaban comenzaba la lucha y si en algún momento se acogían a tregua, entonces el duque mataba a los cabecillas por no haber aceptado su solicitud de paz en la primera oportunidad.

Pese a sus triunfos, la situación se agravó cuando el Papa Pablo IV, envalentonado por la llegada de los franceses, desposeyó a Felipe II de su título de monarca de Nápoles. Se hacía necesaria una rápida respuesta y Alba se dirigió a Roma acompañado por 12.000 hombres, forzando al pontífice a entablar negociaciones de paz. La victoria de San Quintín en julio de 1557 obligó al rey francés a repatriar sus tropas desplegadas en Italia, con lo que la situación se normalizó. Pablo IV reconoció a Felipe II como monarca legítimo de Nápoles y el español le presentó el símbolo de la obediencia feudal: un caballo blanco de Nápoles.

En su primera misión como general de Felipe II, el duque de Alba había mostrado >

5. La rendición de Breda. Este cuadro de Velázquez representa la reconquista de la ciudad de Breda por las fuerzas españolas en tiempos de Felipe IV, varias décadas después de haber sido tomada por los holandeses. **6. Rotterdam.** Esta pintura realizada por Eugène Isabey en 1844 muestra la llegada del duque de Alba a la ciudad holandesa. **7. Lepanto.** Una de las importantes batallas en las que no pudo participar el duque de Alba.



> una increíble valía, obteniendo sustanciosas victorias sin apenas sufrir pérdidas en sus filas. Era el general que la monarquía necesitaba.

LA TRAMPA DE LOS PAÍSES BAJOS

Pero, ¿eran todas virtudes en este personaje? Por supuesto que no. Uno de sus grandes defectos fue su sentimiento español a ultranza, ese que le hacía menospreciar a los ciudadanos del Imperio que no fuesen castellanos. Daba igual la nacionalidad. Alemanes, italianos, franceses, holandeses... fueron detestados por el duque y calificados como inferiores en sus escritos.

Y es que Alba fue un tradicionalista acérrimo. Detestaba los avances radicales y creía en la institución de la Corona como la única posible. Si los intereses del rey se superponían a los suyos, siempre primaban los del monarca porque, para él, se debía respetar la autoridad y mantener las normas establecidas. Todo ello influyó en su elección como nuevo gobernador de los Países Bajos, cuando en el verano de 1566 se supo que los neerlandeses estaban reclutando hombres para iniciar una insurrección.

En aquel tiempo los Países Bajos eran un grupo de 17 provincias cuya economía se basaba en la actividad marítima. Su puerto más importante, Amberes, concentraba el

Si los intereses del monarca se superponían a los suyos, **siempre primaban los del rey porque, para él, se debía respetar la autoridad y mantener las reglas establecidas**

comercial europeo y sus instituciones gozaban de una autonomía parcial concedida por el emperador Carlos V antes de su retirada. Y ese era su gran problema, las instituciones, tan débiles que, pese a contar con una asamblea constitucional, desviaban el auténtico poder en las manos de la nobleza y en los gobernadores de las diferentes provincias, llamados estatúderes.

Además, los neerlandeses se sentían mucho más franceses o alemanes que españoles, y aún más cuando Guillermo de Nassau, príncipe de Orange y estatúder de las provincias de Holanda, Zelanda y Utrecht, se erigió en adalid de la causa independentista amparándose en la represión religiosa hacia los calvinistas que ejercían los españoles en el país.

Antes del nombramiento del duque de Alba como gobernador de los Países Bajos, ese puesto lo ejercía Margarita de Parma, hermanastra de Felipe II, quien le informó prontamente de la extensión de las revueltas religiosas que llevaron en septiembre de 1566 al saqueo de 400 iglesias católicas, sólo en el Flandes occidental.

En Madrid, los ciudadanos clamaban venganza y Felipe II no tuvo más remedio que admitir el estado de rebelión. En un consejo privado con sus asesores se decidió enviar un gran ejército al mando del duque de Alba para apaciguar la situación y restituir el respeto a la fe católica. Lo que el duque desconocía es que antes de su nombre, el rey había barajado los del duque de Medinaceli, el duque de Parma y el duque de Saboya, principalmente por miedo al carácter especialmente justiciero de Fernando Álvarez de Toledo, lo que pronto se mostraría como un temor acertado. El plan consistía en apaciguar la zona para que el rey pudiese viajar hasta allí sin peligro y demostrase magnanimidad con sus súbditos.

Tras dos meses de marcha, el 22 de agosto de 1567 Alba entraba en Bruselas a la cabeza de su ejército, formado principalmente por tercios de Flandes y mercenarios alemanes e italianos. Ante su llegada la tensión fue extrema. Nadie sabía qué iba a suceder y todos temían al duque, conocido por la dureza desplegada en Italia.

8. Felipe II. El monarca del imperio en “el que no se ponía el Sol” renovó la confianza que había tenido en el duque de Alba su progenitor e incluso buscó sus servicios poco antes de morir éste, cuando se encontraba anciano y enfermo.



AL SERVICIO DEL ARTE

Gran amante de la cultura, el duque no desaprovechó la oportunidad de aprender con sus viajes, entrando en contacto con los grandes nombres de las artes del siglo XVI. Durante sus campañas de juventud entabló una fuerte amistad con Garcilaso de la Vega, el cual le dedicó algunos de sus mejores poemas; y en Italia conoció a Tiziano, al que asediaba constantemente con encargos personales. También su estancia en Flandes fue aprovechada para adquirir tapices, pinturas de los genios miniaturistas flamencos y otros objetos que eran trasladados siempre a Alba de Tormes para decorar la casa familiar.

Todas estas piezas siguen permaneciendo en la colección actual de la casa de Alba

Su primer cometido fue crear el Tribunal de los Tumultos, compuesto por los principales jueces del país y cuyo cometido principal sería perseguir a herejes y rebeldes. Todas las sentencias deberían ser sancionadas por el propio Alba antes de ser aplicadas, lo que le confería un poder extremo. Con este aparato de represión ya constituido comenzaron las detenciones sumarias de los cabecillas de las revueltas en Amberes, Malinas, Lovaina... Pero, ¿qué hacer con ellos: ajusticiarlos, exiliarlos, encarcelarlos? Nadie en España sabía muy bien qué hacer y las posturas divergían entre quienes pedían mano dura y quienes optaban por la retirada del país, como defendía un consejero del rey apellidado Villavicencio. Según escribió al monarca, lo ideal pasaba por dejar que los neerlandeses se autogobernasen, ya que “los españoles ni saben la lengua ni entienden los fueros ni costumbres”.

Tras escuchar todas las opiniones, Felipe II envió un despacho al duque de Alba con un escueto mensaje: “Las manos os quedan libres”.

A SANGRE Y FUEGO

Con el reconocimiento de su autoridad suprema en los Países Bajos, el 1 de junio dieciocho nobles rebeldes fueron ejecutados

Con el reconocimiento de su autoridad suprema en los Países Bajos, dieciocho nobles rebeldes fueron ejecutados en la plaza del mercado de Bruselas

en la plaza del mercado de Bruselas, cuatro días después otros dos más serían decapitados. La acusación siempre fue la misma: alta traición a la Corona.

Las muertes impactaron en la ciudadanía y el propio Felipe II mostró su dolor al duque: “Me ha pesado en gran manera de que las culpas de los condes fuesen tan graves que hayan merecido por ellas la justicia que se ejecutó”. Pero Alba continuó con su misión, ahora haciendo frente a una invasión de 30.000 hombres capitaneada por el príncipe de Orange. Lejos de enfrentarse a ellos, Alba les permitió que prosiguiesen la marcha hacia el interior, amenazando a las poblaciones que les ayudasen con pasarles a cuchillo. La amenaza surtió efecto y los invasores pronto no tuvieron qué comer, decidiendo retirarse del país.

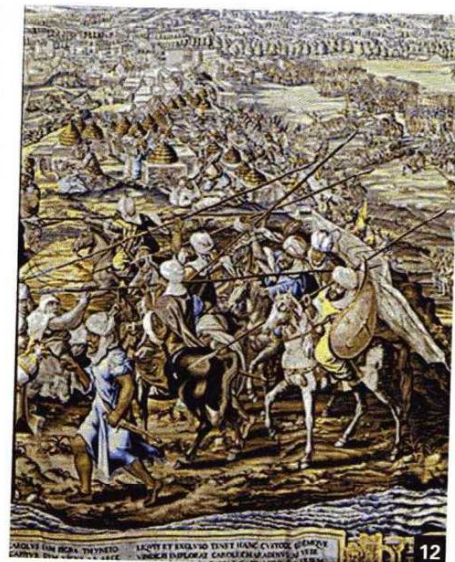
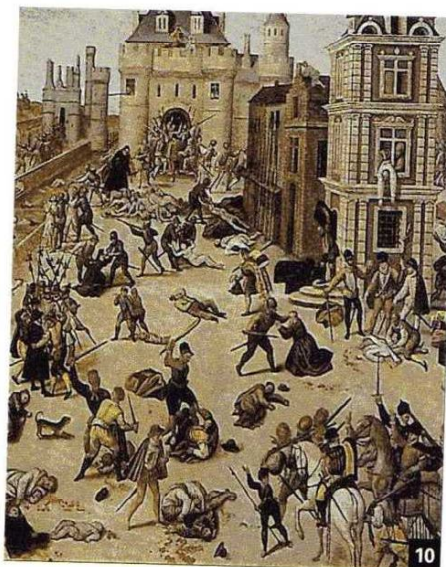
El duque había vencido sin derramar una gota de sangre gracias al terror, el mismo que siguió extendiendo el Tribunal de los Tumultos. Todos los días alguien era detenido acusado de hereje o de rebelde. Los historiadores hablan de más de 10.000 las personas castigadas entre 1567 y 1573 só-

lo por este tribunal, lo que parece concordar con las cartas de Alba asegurando que la represión había provocado “gran miedo por todo el país a los que se sienten culpables y se han huido una infinidad de gentes”. Y es que era necesario atemorizar a la población, continuaba diciendo, “para que cada uno piense que a la noche o a la mañana se le puede caer la casa encima”. Su tribunal llegaría a ejecutar en tres años a más personas que la Inquisición española bajo todo el reinado de Felipe II y a confiscar más libros heréticos que el Santo Oficio en su andadura.

Sin embargo, no sería esta la causa de una nueva sublevación, sino la aprobación el 1 de agosto de 1571 de un impuesto por el que el duque pretendía recaudar dinero para sostener a su inmenso ejército. Las autoridades reaccionaron con una especie de huelga general que fue aprovechada por un grupo de exiliados calvinistas apodados Mendigos del Mar que, ayudados desde Inglaterra, se hicieron con el puerto de Brill el 1 de abril de 1572. La victoria envalentonó al príncipe de Orange, resurgiendo en la



9. Margarita de Parma. Regente de los Países Bajos hasta el nombramiento del duque de Alba como nuevo gobernador. **10. Día de San Bartolomé.** Representación de la matanza de hugonotes producida en las guerras de religión francesa. **11. Batalla de Mühlberg.** **12. Toma de Túnez.** La reconquista de Túnez por Carlos V fue una de las más alabadas de la época.



> escena para llamar a su pueblo a alzarse contra "los crueles y sanguinarios opresores extranjeros." Para el verano, las principales ciudades del país, a excepción de Amsterdam y Rotterdam, habían jurado obediencia a Orange. La guerra se reanudaba.

Flandes era básico para España. Tres cuartas partes de la lana castellana se exportaba allí para su comercialización y gran parte de los préstamos que ayudaron a financiar las campañas de Carlos V se había concertado en sus bancos. Alba no estaba dispuesto a perder estas ventajas y seleccionó algunas ciudades ante la imposibilidad de atacar todas al mismo tiempo.

La primera ciudad rebelde en recibir su ira fue Malinas. Hacía ya unos meses que a Flandes había llegado su hijo Fadrique, situándole al frente de su ejército por la imposibilidad de dirigirlo él mismo, debido a la enfermedad de la gota que le postraba en cama durante días, a veces semanas. Y como suele decirse, de tal palo, tal astilla. Cuando las defensas de la ciudad cayeron, las tropas españolas causaron tales estragos y mortandad que los magistrados españoles y neerlandeses protestaron por igual. Pero los Alba se salieron con la suya y pronto otras muchas ciudadelas presentaron su rendición, mientras Guillermo de Orange se refugiaba en Holanda.

"Degolláronse todos cuantos se pudieron haber y muchos burgueses, porque don Fadrique tenía orden mía de no dejar hombre a vida"

A Malinas le sucedieron las masacres de Zutphen, donde, según escribió el duque al rey, "degolláronse todos cuantos se pudieron haber y muchos burgueses, porque don Fadrique tenía orden mía de no dejar hombre a vida y aun de hacer alumbrar alguna parte de la villa." "Esta señor, es guerra mas sangrienta que se ha visto muchos años ha", escribía en otra misiva.

La crueldad y el carácter obstinado de Alba, creyendo estar siempre en posesión de la verdad, provocaron que los españoles residentes en Flandes le diesen la espalda, que los rebeldes se reafirmasen en sus sentimientos y que la guerra se recrudeciese y se alargase en demasía. Por si esto fuese poco, una ciudad llamada Alkmaar logró resistir al asedio español, convirtiéndose desde entonces en un símbolo para los independentistas. A esto había que añadir el desorbitado gasto de la contienda, unos cuatro millones de ducados, las dos terceras partes de la renta de España. Sumada tanta adversidad y sin un fin claro en el horizonte, Felipe II optó por relevar al duque del mando el 30 de enero de 1573, nom-

brando como sucesor en el cargo a Luis de Requesens, entonces comendador mayor de Castilla.

¿Fue su relevo un acierto? A priori podría decirse que sí, pero lo cierto es que la Corte no conocía ninguna alternativa a la política de mano dura seguida por Alba, y si la hubo, ésta no llegó a aplicarse satisfactoriamente, por lo que el duque nunca fue criticado por su papel en Flandes. Su sucesor, Luis de Requesens, abolió el Tribunal de los Tumultos y el impuesto creado por Alba, suscribió un acuerdo conocido como la Pacificación de Gante; pero los escasos logros obtenidos sobre el terreno provocaron su rápida sustitución al año siguiente de su llegada por don Juan de Austria.

Dos años después al regreso del duque a España, Flandes continuaba en pie de guerra.

LA ÚLTIMA BATALLA

Pasaron los años y en 1580 el duque de Alba era un anciano de 73 años de edad, aquejado de gota y muy posiblemente de sífilis. Su cuerpo cansado y enjuto casi nun-



13. Guillermo de Orange. El príncipe se convirtió en el adalid de la causa independentista neerlandesa, siendo el principal enemigo del duque de Alba como gobernador de los Países Bajos. **14. Toma de Túnez.** Representación de la que fue una de las conquistas más publicitadas del emperador Carlos I de España.



SU HIJO, SU MAYOR DESGRACIA

Podría asegurarse, sin miedo al equívoco, que el gran problema del duque de Alba en vida fue su hijo primogénito Fadrique. Sólo por su culpa el duque cayó en desgracia a ojos de Felipe II y, sólo por él, el duque fue confinado a una especie de exilio atenuado.

Todo se inició en 1566, cuando Fadrique, después de enviudar por dos veces sin obtener descendencia, hizo una promesa de matrimonio a Magdalena de Guzmán, dama de compañía de la reina. Él sólo deseaba mantener relaciones sexuales con ella, pero la mujer se amparó en la llamada "verba de presenti", acción reconocida por el Derecho, en virtud de la cual el matrimonio quedaba concertado y ya únicamente restaba celebrarlo en oficio religioso para que la Iglesia lo reconociese como tal. Pero Fadrique no estaba por la labor y fue encarcelado en el castillo-prisión de La Mota. Por intercesión de su padre, Felipe II le envió a Flandes como alternativa a la prisión, creyendo los Alba que la deuda quedaba así saldada. Sin embargo, cuando el monarca supo que Fadrique se había casado secretamente en 1578, la antigua rencilla se apoderó de él y ordenó el destierro de padre e hijo de la Corte y la reclusión del duque en la ciudad de Uceda, con la prohibición de abandonarla. Lo que no habían conseguido sus enemigos lo logró la boda secreta de su hijo: la caída en desgracia del gran duque, hasta que en 1580 Felipe II lo volvió a llamar para dirigir la invasión de Portugal.



ca se levantaba de la cama por la imposibilidad de andar. Aún así, una fría mañana de ese año, concretamente el 22 de febrero, llegaba hasta su residencia de Uceda un despacho de Felipe II solicitando nuevamente sus servicios.

El 4 de agosto de 1578, el rey de Portugal y sobrino de Felipe II, Sebastián, había muerto luchando contra las tropas bereberes en la batalla de Alcazarquivir. El trono portugués quedaba vacante y durante meses la Corte española había sopesado la posibilidad de aunar la Península bajo la misma Corona. A fin de cuentas, ambos monarcas estaban unidos por sangre común y Portugal se consideraba más una provincia vasalla que un reino independiente. El único problema pasaba por evitar una sublevación popular que fuese aprovechada por otra monarquía para enviar algún ejército a Portugal y hacerse con el poder, semejante a lo sucedido en Flandes con el príncipe de Orange.

Todo pasaba por enviar una fuerza expedicionaria que apaciguase los ánimos en el país vecino y ahí es donde entraba el duque de Alba. La edad y su enfermedad no avalaban esta decisión, pero tras la muerte de Juan de Austria, el duque era el único general realmente válido y de confianza absoluta con el que contaba Felipe II.

Anciano y enfermo, solicitó a Felipe II su regreso a Alba de Tormes, pero éste no deseaba perder a alguien tan valioso y le denegó la solicitud

Ilusionado por el regreso al servicio activo, Fernando Álvarez de Toledo recuperó su vigor de antaño y aconsejó al monarca no demorarse en negociaciones con los portugueses, puesto que, según le dijo, el reino era suyo, añadiendo que si no se avenían a razones, bastaba con someterlos a la fuerza. Nuevamente el soldado y militar.

El 27 de junio de ese 1580, Alba cruzaba la frontera al mando de 47.000 efectivos. No fue un paseo. Las poblaciones de Setúbal y Lisboa presentaron una resistencia feroz a los invasores, pero finalmente la capital cayó y el 12 de abril de 1581 las Cortes de Tomar proclamaban rey de Portugal a Felipe II. A cambio, el monarca confirmaba los privilegios y la independencia del país, en términos semejantes a los reinos que formaron Castilla apenas un siglo atrás.

Para el duque de Alba, aquel fue un broche de oro a su larga trayectoria al servicio de España. Cansado, solicitó al rey su regreso a Alba de Tormes, pero éste no deseaba perder a alguien tan valioso y le denegó la solicitud.

En Lisboa, lejos de su hogar, la salud del conde fue empeorando. El dolor ya no le abandonaba y apenas lograba conciliar el sueño. Cuando fue patente que la muerte estaba cerca, Felipe II visitó a su fiel general, el cual le dijo con voz apenas perceptible:

"Tres cosas dire a VM, la una es que nunca se ofreció negocio vuestro que no le antepusiese al mío; la segunda es que mayor cuidado tuve siempre de mirar por vuestra hacienda que por la mía; la tercera es que nunca os propuse un hombre para algún cargo que no fuese el mas suficiente de todos quanto io conocia".

Todo un epitafio a su vida. El 12 de diciembre de 1582, el gran duque de Alba falleció en Lisboa, siendo trasladados sus restos a su querida Alba de Tormes. •

BIBLIOGRAFÍA

KAMEN, Henry. *El gran duque de Alba. La Esfera de los Libros. Madrid, 2004.*

MALTBY, William S. *El gran duque de Alba. Atalanta. Girona, 1983.*